

sus madres, que durante veinte años les han amado, adorado como adoran las madres, sabrán dentro de seis meses o de un año que el hijo, el pequeñuelo criado con tanto amor, fue arrojado a una fosa como un perro, despanzurrado por un obús, pisoteado, aplastado, convertido en papilla por las cargas de caballería.

¿Por qué han matado a su hijo, su guapo muchacho, su única esperanza, su orgullo, su vida? La madre lo ignora. Sí, ¿por qué se lo mataron?

¡La guerra! ¡batirse! ¡matarse! ¡destrozarse los hombres!... Y en nuestra época, con nuestra civilización, con la extensión de la ciencia y el grado de filosofía a que se cree llegado el género humano, tenemos escuelas donde se aprende a matar, a matar desde muy lejos, con perfección, mucha gente de golpe, a matar a pobres diablos inocentes, cargados de familia y que ningún mal han hecho.

Lo que más asombra es que el pueblo no se levanta airado contra los gobiernos.

¿Qué diferencia hay, pues, entre las monarquías y las repúblicas? Lo más asombroso es que la sociedad toda entera no se rebela a esta sola palabra de guerra.

¡Ah! Es que vivimos todavía bajo el peso de viejas y odiosas costumbres, de prejuicios criminales, de ideas feroces, hijas de nuestros bárbaros abuelos; somos bestias, y bestias continuamos siendo dominados por el instinto que nada puede cambiar.

¿Acaso no hemos escarnecido a todo un Víctor Hugo que supo lanzar este grito de liberación y de verdad?

“Actualmente la fuerza se llama violencia y comienza a ser juzgada: se acusa ya a la guerra. Ante el lamento del género humano, la civilización instruye el proceso contra los grandes conquistadores y los grandes capitanes. Los pueblos comienzan a comprender que agrandar un mal no es disminuirlo; que si matar es un crimen, matar a mucha gente no puede ser una circunstan-

cia atenuante; que si robar es una deshonra, invadir no puede ser una gloria. ¡Ah! ¡Proclamemos estas verdades absurdas, deshonremos la guerra!”

Vanas cóleras, indignación de poeta.

Hoy la guerra es más venerada que nunca. Un artista hábil en esta materia, un matarife genial, Moltke, respondió un día a los delegados de la paz las extrañas palabras siguientes:

“La guerra es santa, de institución divina; es una de las leyes sagradas del mundo; mantiene entre los hombres todos los grandes y nobles sentimientos: el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y les impide, en una palabra, caer en el hediondo materialismo.”

Así que, juntarse en rebaño de cuatrocientos mil hombres, marchar día y noche sin descanso, no pensar en nada ni estudiar nada, no aprender nada, no leer nada, no ser útil a nadie, pudrirse en la suciedad, tumbarse sobre el barro, vivir como tontos en un aturdimiento continuo, saquear ciudades, incendiar aldeas, arruinar pueblos, y después toparse con otra aglomeración de carne humana y caer encima a golpes, hacer lagos de sangre, amontonar en la llanura fangosa piltrafas de carne sanguinolenta, montones de cadáveres, dejarse arrebatarse brazos y piernas por los proyectiles, dejarse saltar los sesos sin beneficio para nadie y reventar sobre un rincón cualquiera de un campo, mientras vuestros viejos padres, vuestra mujer y vuestros hijos, mueren de hambre... ¡he aquí lo que se llama no caer en un asqueroso materialismo!

Los hombres de guerra son los azotes del mundo. Luchamos contra la naturaleza y la ignorancia, contra los obstáculos de toda clase para hacer que nuestra vida sea menos miserable.

Unos hombres bienhechores, unos sabios, consumen su existencia trabajando en todo lo que puede ayu-